

que les interesaban, y otros particulares, deshaciéndose de antiguos o bien escogidos enemigos, convinieron en no derramar sangre inútilmente, de manera que al principio de este poder sin límites hubo alguna moderación.

El tercer lazo que unía al hijo con la madre era la dificultad de fundar de un modo definitivo el sistema político de Augusto, y formular lo que éste dejó indeciso. Convencéos, señores, que es preciso reconocer la profundidad del genio de Livia, en los actos esenciales que constituyen el fundamento del gobierno de Tiberio.

Livia se avergonzaba, al fin del reinado de Augusto, de ver que se mendigasen los votos de los ciudadanos para sus candidatos; tal comedia era tan inútil como indigna de la majestad del Emperador ¿por qué suplicar, cuando se tiene el derecho de mandar? Se suprimieron los comicios y el pueblo dejó de reunirse en el Campo de Marte para hacer las irrisorias elecciones. Murmuró la multitud, pero el Senado ocultó su alegría sin límites, y exclamó: "¡Qué placer, ya no hay súplicas, ni candidaturas, ni consideraciones para con los electores, ni juegos, ni espectáculos, ni gastos ruinosos! ¡todo depende de una inclinación de cabeza de los que gobiernan el mundo! ¡Livia designa, y Tiberio nombra a todos los funcionarios! ¡Entreguémonos a patrióticos transportes, que ya no queda ni un simulacro de libertad!"

En seguida la ley de lesa majestad se extendió del orden religioso al orden político, de la persona de Augusto a la de sus sucesores, y a todo lo concerniente al soberano. La historia enseña cuál fué después el formidable alcance de esta ley bajo Tiberio, y cuánta sangre costó al fin de su reinado.

La delación fué otro elemento del gobierno; abrió todas las carreras, inspiró la elocuencia, fué el objeto de los ambiciosos, la escuela de la juventud romana y el oprobio del pueblo.

Por último, se dotó de sueldo a todos los funcionarios sin excluir ni a los cónsules. En la antigua Roma el honor de servir al país era tal, que no sólo dejaba provecho alguno, sino que era necesario obtenerlo a expensas de la fortuna propia, de esta manera, todas las familias ilustres y honradas se congregaban al bien público; pero Tiberio, al asalariar a los magistrados, desde los más ínfimos hasta los más elevados, al hacer de los cónsules mercenarios, cambió las ideas de los romanos: todos los pagados por el fisco, como diríamos hoy, los presupuestívoros, fueron criaturas del Emperador.

Profundo fué el alcance de estos medios que modificaron en poco tiempo la constitución de la sociedad romana. En todo veo los consejos de Livia, su maravillosa penetración, su experiencia de cincuenta años, su perfidia más atrevida y más libre que la de Augusto. Con él había quedado todo flotante, provisional, equívoco, con esa mezcla de gracia y de abandono, de simplicidad y de hipocresía, de firmeza implacable y de fingida dulzura que le caracterizaban. Con Tiberio y Livia todo se preveía, todo toma forma: las sombras se desvanecen, las ficciones huyen, el imperio "está hecho." Se llama hipócrita a Tiberio, y sin embargo, fué mucho menos que Augusto, porque aquel proclamó el despotismo con violencia, y le constituyó de un modo duradero.

Tiberio comenzó a creerse firme en el trono. Cinco años habían transcurrido. La muerte de Germánico lo libertó, así como a Livia, de un temor constante: la multitud estaba sometida; los ejércitos en calma, las

fronteras seguras, y pareció a Tiberio que tenía menos necesidad de Livia. Entonces comenzó entre el hijo ingrato y la madre imperiosa, esa lucha sorda que fué la crónica escandalosa y el estéril consuelo de Roma. En vano el emperador obligaba a la grande Augusta a que tomara algún reposo: era infatigable; en vano elogiaba por insinuaciones un tanto vergonzosas las dulzuras de la vida privada; hacía como que no las escuchaba. Una vez aun se atrevió a suplicarla que no se mezclase en los negocios públicos, no se dice la contestación que le dió, pero habla muy alto la conducta que ella siguió.

Los romanos, con un maligno placer, repetían que el Emperador nada hacía sin consultar a su madre, y Tiberio, para contrariar sus sarcasmos, evitaba visitar a Livia y conversar con ella públicamente; pero en cambio Livia le buscaba. Si él rehusaba un privilegio, ella se lo arrojaba, un título, se lo hacía discernir, y más pronto se cansaba él de la defensa, que ella del ataque. Tiberio no gozaba de popularidad, era avaro, seco, pedante, no gustaba de los placeres del teatro, ni de las dádivas que cautivan a la multitud.

Livia se mostraba afable, sonriente prodigaba el oro a manos llenas, daba juegos magníficos y dotaba a las jóvenes pobres. Tiberio recibía a los senadores en cuerpo, haciendo creer que era para evitarles el fastidio de las antesalas: Livia hacía consignar en el diario de Roma ("diarium") el "Monitor" de aquel tiempo, los nombres de los magistrados y personajes que iban a hacerle la corte, oponiendo la larga lista de sus aduladores al aparente abandono de Tiberio. Cuando Tiberio sabía, no permitía que persona alguna lo acompañase: Livia cuidaba de llevar siempre senadores y caballeros a las portezuelas de la litera. Tiberio, so pretexto de moderación, impedía al Senado que levantase estatuas a su madre: Livia erigía una a Augusto cerca del tea-

tro de Marcelo, y sobre un hermoso pedestal, hacía grabar una dedicatoria en la que su nombre precedía al de su hijo.

Tiberio se libertaba de la presencia de su madre en los campos y en el Senado; pero en cualquiera otra parte estaba presente, siempre activa e inspirada, y tanto que iba al fuego como un soldado. Cierta vez hubo un incendio cerca del templo de Vesta; allí pasó la noche entre los vigiles y los ciudadanos, a quienes animaba con una energía viril, con gran desagrado de Tiberio que no se dejó ver en tal circunstancia. Cuando resistía a sus instancias o no aceptaba un consejo, le recordaba con frialdad y sin cólera, que ella lo había sacado de la obscuridad, transportado de la casa de Tiberius Nero al Palatino, promovido a los honores, venciendo la aversión de Augusto, salvado del destierro en Rodas, héchole adoptar por el Emperador a pesar de los obstáculos y de él mismo, y por último, en Nola, era ella la que había conservado y salvado el imperio. Lo mismo que le decía al oído, cuidaba de repetirlo en público, para obligar a retroceder a una alma que comprendía estaba vencida con el ascendiente de su genio.

Un día quiso que uno de sus libertos fuese inscrito entre los caballeros; Tiberio se negó, insistió ella; y: "consiento, replicó Tiberio, pero a condición de que conste en el registro de que esta inscripción me ha sido impuesta por Augusta." Livia se ofendió por esta amenaza que habría hecho recaer sobre ella la impopularidad de tal acto, y como siempre tuviera armas reservadas, sacó del seno algunas tabletas de cera ya amarillentas: eran las cartas de Augusto, en que criticaba el carácter de Tiberio, pintándole con rasgos cáusticos y sangrientos.

Esta revelación tardía, hirió al Emperador de la manera más cruel, no en su sensibilidad o en su reconoci-

miento, pues estaba convencido de mucho tiempo atrás de la sinceridad y afecto de Augusto, sino en su orgullo: Livia era capaz de enseñar esas tablillas por toda la ciudad, del mismo modo que por todas partes refería lo que había hecho por su hijo, y la reprobación postuma del divino fundador del imperio podía explotarse contra su persona y su poder, añadiéndose a lo odioso y a lo ridículo un gran peligro.

De esta manera jugaba Livia con el triste e impenetrable envidioso, a quien faltaba valor para sacudir el yugo o sujetarse a él. Ella arrancaba los favores, los ordenaba procurando satisfacer a una corte de ambiciosos, de desconocidos, de personajes ilustres o menesterosos, de gentes ricas dadas al placer, y de mujeres elegantes que buscaban su parte de influencia y la debían a Livia. La Emperatriz madre tenía el talento de mezclar en su corte mujeres honradas como Marcia, hija de Cremucio Cordo, con intrigantes como Plancina, esposa de Lerón, o Urgulania, tipo de orgullo y de insolencia. Plancina fué acusada una vez, hizo que se le absolviese; Urgulania fué citada como testigo, se burló de la citación, fué perseguida y Livia le aconsejó se refugiase en el palacio de Tiberio, que fué luego a pie y como simple particular a suplicar por ella. Los favoritos de Livia eran un poder contra el que no se podía luchar. Implacable para con su hijo, irracional alguna vez en sus exigencias, Livia contaba con el peso de sus consejos, de su popularidad y de su título inviolable de mujer, hija y gran sacerdotisa de Augusto. Lo que la fuerza no superaba, la astucia lo obtenía: Calígula, niño, llamaba a su abuela, "Ulises con enaguas," pero es necesario concederle una serenidad que Homero no dió siempre a su héroe.

Quiérese muchas ocasiones aplicar la medida de la humanidad a personajes famosos, que se han hecho su

periores a las leyes humanas, y por lo mismo, muchas madres se preguntarán si Livia no tuvo momentos de dolor, coloquios íntimos con ella misma, cuando leía en el alma de Tiberio la perfidia y la ingratitud enmascaradas por el miedo y la impotencia. Semejante pregunta hubiera obtenido de Livia una sonrisa de desdén: ella era ante todo una gran artista. El escultor que hace una bella estatua no se irrita contra ella, ni le guarda resentimiento ni rencor, si al moverla le aplasta un dedo; el armero que fabrica una cortante espada, no se indigna contra ella si le hiere; el alquimista que compone un veneno sutil no le detesta porque puede ser para él tan peligroso como para sus otras víctimas. Tiberio era para Livia su instrumento, o mejor dicho, su obra: no el hijo de su carne y de su sangre, porque olvidan que la tienen las ambiciosas de este temple, era el hijo de su inteligencia. Había sacado de la nada, hecho creer, protegido, salvado, y coronado a tan triste personaje, para identificarse con él, como el alma se identifica al cuerpo. No era Tiberio, sino su ambición materialmente palpable, la que se sentaba en el trono a su lado, era su poder encarnado en un hombre, porque era preciso, porque los romanos no hubieran aceptado a una Dido o a una Semíramis. Livia no abrigaba ni dolor, ni resentimiento, ni deseo de venganza contra su obra, se servía de ella, y se mantenía en guardia, y cuando el instrumento era rebelde sin cólera, sin abandonar su terrible serenidad, hacía lo que los domadores de bestias feroces cuando quieren que el león que ruga, o el tigre dispuesto a lanzarse, retrocedan aterrificados, dóciles, silenciosos; basta para esto una varilla de hierro, elegante, delgada, redonda e inofensiva en apariencia; pero calentada hasta el rojo blanco que abrasa cuanto toca; del mismo modo Livia sabía manejar con oportunidad una arma ligera, encantadora, que hacía temblar a Tiberio y le abrasaba hasta la médula; el

nombre de Augusto. Hablar de Augusto traer a la memoria el recuerdo de Augusto, los beneficios de Augusto, la aversión de Augusto, las cartas de Augusto, era aplicar al monstruo que quería revelarse, el cauterio del fierro enrojado.

Así llegó esta mujer a la edad de ochenta y tres años, intacta, temida, siempre igual, dulcemente implacable, altiva y calmada, invulnerable e hiriendo con seguridad, despreciando y sirviendo al mismo tiempo al hijo que la detestaba, no por eso vivía en las sombras, oculta, devorada por los pesares, la ambición o los remordimientos, no, su vida era brillante y magnífica. Habita ba ora en el Palatino, en la nueva casa de Augusto (de la que huyó Tiberio) y en la que se hizo construir en el ángulo opuesto una gran habitación cuyos restos subsisten, que M. Pietro Rosa promete excavar y darnos a conocer un día, pues bajo la fachada que mira al Aventino, se han hecho reaparecer la escalera y los alojamientos de los guardias, ora en un "villa" suntuosa, a dos leguas de Roma, a las orillas del Tiber, cerca de la roca de los Nasones, tan amada de los pintores, en el lugar en que el río hace una curva marcada, y da al paisaje animación y armonía, que se unen a su grandeza. Los vestigios de esa "villa," se han señalado en "Prima Porta;" se hicieron excavaciones hace pocos años, y se descubrió una sala decorada con pinturas que representan un bosque que cubre las paredes y su be hasta el techo; perdices, mirlos y otros pájaros más pequeños que se balancean sobre las ramas o anidan entre el follaje, y las flores se mezclan entre el verde de la selva. La exactitud pintoresca, la proporción, la importancia, la conservación de estas pinturas son tales que más de un anticuario las atribuye a Ludio, el célebre pintor que inauguró en tiempo de Augusto este género de decoración. En Prima Porta igualmente se descubrió la característica estatua de Augusto, que

adorna "Braccio nuovo," que otra vez he descrito, y que Livia hizo cumplir por el más hábil artista de su época.

En sus residencias tenía la Emperatriz una verdadera corte, numerosos amigos, poetas, antiguos familiares de Augusto solicitantes parásitos, aduladores y hasta bufones, que no perdonaban a Tiberio, y cuyas sátiras y burlas contra el feroz ingrato se reprimían a medias, o se aprobaban con una sonrisa. Entre éstos había un tal Fufio, dotado de gran talento, cuyos chistes punzantes y satíricos se repetían sin cesar, que fué la pesadilla de Tiberio, y al que su madre le obligó a nombrar cónsul. Al concluir los festines, sobre todo, se complacía en burlarse con palabras equívocas de aquel que en la corte de Augusto era el blanco de todas las pullas. Suetonio nos ha conservado algunos versos que circulaban en tiempo de Tiberio, cuando aún vivía su madre, y que quizás no eran ignorados de ella, estos por ejemplo: "¡Príncipe feroz y cruel! ¿Será preciso decirte todo en pocas palabras? ¡Muera yo, si puede amarte tu misma madre!" Los siguientes recordaban el destierro de Rodas terminado por Livia y las tendencias sanguinarias del Emperador contenidas por ella: "Todo el que pase del destierro al trono, reinará en medio de olas de sangre." También se burlaban de Tiberio por su afición al vino: "Desdeña el vino porque tiene sed de sangre, hoy bebe ésta con tanta avidez, como apuraba otras veces el otro."

La guerra, pues, estaba declarada; a medida que los años transcurrían Livia era menos dulce para con su hijo, Tiberio estaba más exasperado contra su madre. No pueden pintarse los dramas interiores que pasaron por Tiberio durante once años, sus proyectos, sus falsas resoluciones, su decaimiento súbito, su disimulación. ¿Emprendería un golpe de Estado contra su madre? Ella era más fuerte y más popular que él. ¿La

desterraría? Roma entera y los pretorianos mismos se opondrían. ¿Recurriría al veneno que había hecho desaparecer ante él toda la familia de Augusto? Ella era el gran maestro en el arte de los venenos ("magister veneficiorum"), y desgraciado del que la provocase; y preciso es decirlo, su hijo Tiberio no tenía una alma tan malvada. Son necesarias todavía dos etapas más el poder absoluto, para conducir a los príncipes al parricidio.

Exasperado, impaciente, empujado hasta el extremo, ¿qué partido tomó Tiberio? Reunió todo su valor, usó de su gran remedio, e hizo ante Livia lo que en otra ocasión ante Augusto, emprendió la fuga. Primero anduvo errante en la Campania, de donde volvió precipitadamente al saber que Livia estaba enferma, pero la encuentra en pie, y parte para siempre ocultándose en Caprea su cólera y su vergüenza. Pero ¿cómo se vengará sobre los amigos y sobre su cadáver, el día que deje de existir! Esperará para ordenar sus funerales que el cuerpo entre en descomposición, y no asistirá a ellos, le negará los honores y hasta la consagración que el Senado decreta, dejará sin efecto su testamento, como el de los condenados, perseguirá a sus amigos, a sus hechuras, sin excluir al consular Fufio, les desterrará o arruinará sucesivamente, y cuidará de no olvidar a sus ejecutores testamentarios que nada podrán ejecutar. Ante Livia es preciso no comparar a Tiberio con el tigre sediento de sangre sino con la hiena que merodea en la sombra, y no tiene valor para avalanzarse sino sobre los cadáveres.

La Emperatriz quedó, pues, sola en Roma, dueña del campo de batalla. podía levantar un trofeo, porque el Senado y el pueblo le pertenecían, y Tiberio, lejos como estaba, sufría su ascendiente, y he aquí de ello una prueba. El Emperador que detestaba a Agripina, viuda de Germánico, escribió al Senado denunciándola; su

pérdida estaba resuelta, esa carta como todas, pasó por las manos de Livia, que la guardó y ocultó; odiaba también a Agripina, pero comprendía la importunidad de un ataque contra el poderoso partido que la sostenía. Las maquinaciones supremas se urdieron contra la viuda de Germánico después de la muerte de Livia.

Sejano, cuya fortuna comenzaba, y que llegaría tiempo que fuera el árbitro de la voluntad de Tiberio, estaba íntimamente unido a Livia, que le consideraba porque la lisonjeaba, e ignoró sus intrigas por su edad avanzada, o se las perdonó en gracia de haber acampado los pretorianos en Roma, como en país conquistado, o porque quizá comprendió que Tiberio necesitaba un consejero y un freno, el día que ella faltara. Dícese que Livia recomendó a Sejano que hiciese matar a los dos hijos adultos de Agripina, que podían ser un serio peligro para Tiberio.

A los ochenta y seis años de edad dejó la vida esa mujer funesta para la familia de Augusto, y más funesta todavía para la cosa pública. Convirtiendo a Augusto no en mejor, pero sí en más cauto y clemente, a Tiberio no en menos malvado, pero sí en más timorato, y más hábil, consolidó su tiranía y consagró su autoridad. Ella fué verdaderamente la que por su acción o culta sobre Augusto y su influencia declarada sobre Tiberio, contribuyó a erigir en sistema esa confiscación lenta y progresiva de todas las fuerzas de un pueblo, en provecho de un solo hombre. Al fundar el imperio preparó la impunidad a todas las locuras, y abrió el camino a todos los monstruos que sucedieron a su marido y a su hijo. Fué su genio y la furia del Estado.

Un magnífico monumento hace palpable y hasta cierto punto inmortal la figura de Livia, y ese monumento es el más grande camafeo que existe en el mundo. Mucho tiempo se creyó que representaba el triunfo de Jo

sé, después se reconoció que era el de Germánico; yo me inclino a saludar en él el triunfo de Livia.

He aquí en pocas palabras la historia de ese camafeo. Fué ejecutado en Roma, probablemente en la época de Calígula que aparece en él, y que tenía por su abuela Livia un culto particular.

Llevado a Bizancio por Constantino, allí permaneció hasta el siglo XIII. En 1244 Baudino II Emperador de Constantinopla lo vendió a San Luis para obtener su favor. En 1379 Carlos V lo regaló a la Santa Capilla y por eso comúnmente se le llama con este nombre. Se exponía los días de fiesta; porque la piedad pública admiraba en él a José y otros personajes del antiguo Testamento. Hasta 1619, el doctor Peirese demostró que ese camafeo representaba, no a la familia de Jacob sino a la de Augusto; por último en 1791, en los momentos de la revolución se trasportó la alhaja referida de la Santa Capilla, al gabinete de medallas de la biblioteca nacional donde se encuentra hoy.

Esta maravillosa sardónica tiene más de 32 centímetros de altura, es de una sola pieza y se observan en ella cinco capas de color graduado. La composición está dividida en tres zonas: la superior representa a Julio César con una corona de laurel y un velo alrededor de la cabeza, en la forma del de Saturno, padre de los dioses; abajo de César un genio alado conduce a Pegaso, que lleva al cielo al divino Augusto; no es, pues, el águila el símbolo del apoteosis, sino Pegaso, encargado en otro tiempo por el poeta Calímaco de colocar entre los astros la Cabellera de Berenice. Del lado opuesto un guerrero con su casco y su escudo escala el Olimpo, es Druso: el hermano de Tiberio, muerto como soldado a las orillas del Rhin. Tal es el cielo o parte superior.

La segunda zona representa la tierra. Sobre un gran trono con un sólo escabel, está sentada una mujer de incomparable belleza, en un majestuoso traje, empuñan

do algunas espigas y adormideras, atributos de Ceres. Es Livia asimilada a la diosa y atrayendo todas las miradas; en efecto, las medallas romanas nos la dan a conocer en el traje de Ceres. Al lado de Livia, sobre el mismo trono, pero en el segundo plan, está Tiberio desnudo, como Júpiter, teniendo en la mano izquierda un cetro y en la derecha el bastón augural encorvado en forma de báculo. Las facciones de Tiberio reproducen con una increíble fidelidad las de su madre, el mismo perfil, la misma nariz, la propia expresión; todo está copiado, parece que el artista recibió orden de repetir dos veces la misma fisonomía; Tiberio no es más que la sombra de Livia. Detrás del trono, Druso, hijo de Tiberio, tiene un trofeo sobre la espalda y levanta un brazo hacia el cielo, como para señalar el lugar en que una muerte prematura le destina; cerca de él, está sentada una Musa, según unos. Livilla, mujer de Druso, según otros. Frente a Livia y Tiberio, hay un guerrero que se aproxima al trono, este es Germánico, detrás de él una mujer, afectuosa y familiarmente pone la mano sobre su carro es la célebre Agripina, y ésta, como Livia y Tiberio, tiene una corona de laurel, símbolo del sacerdocio, pues los tres lo eran de Augusto. Detrás de Germánico se ve un niño: con facciones de hombre, duras y acentuadas, como tiene grandes botas militares, se adivina que es Calígula, sucesor de Tiberio, que se ha hecho de la edad que tenía en el momento del triunfo de su padre Germánico,

En la zona inferior o última hay cautivos, bárbaros, mujeres que lloran, imagen simplificada de los pueblos vencidos por Germánico.

Este camafeo es de un estilo menos bello que el de Viena, lo que confirma la idea de que data del reinado de Calígula más bien que del de Tiberio. Os dije que por un fácil esfuerzo de la imaginación, podía llamarse este monumento el "Triunfo de Livia," porque en efec

to, triunfa con toda su raza, reina rodeada de sus hijos, nietos y biznietos, mientras que la familia de Augusto desapareció. Augusto solo, permanece en el cielo con César; pero Octavia, Marcelo, Julia, Agripa y todos sus hijos, quedan relegados a la obscuridad del Tártaro, esto es, el eterno olvido. ¡Oh vanidad del orgullo! ¡Oh mentira de las dinastías pomposamente fundadas! César y Augusto en vano recorrerán la tierra con los ojos, no encontrarán huella de su sangre, sino de la de Claudio Nero y de Livia, de esa sangre que fué substituída por la violencia y la adopción. Para esto, ¡cuántos crímenes, cuántos atentados que hacen ruborizar a la humanidad! ¡qué desencadenamiento de ambiciones, que no hubieran podido desarrollarse en un país libre! Livia triunfó, sí; pero el castigo está sentado tras ella, porque el asesinato engendra el asesinato, y su raza se despedazó con sus propias manos.

Acepto este soberbio cuadro, grabado a la vista de un Emperador, que representa sobre una materia inalterable, toda una familia en el apogeo de su gloria maldita. ¿Qué sucedió con todos los que en él figuran con los atributos de la divinidad y de la omnipotencia? ¿Quiénes les han enviado antes de tiempo a ese cielo que se reservan? ¿Quiénes apresuraron esa muerte convertida en ridículo apoteosis? Las manos de sus más próximos y queridos parientes, animados por las pasiones más execrables. Dejemos a Julio César, cuyas diecisiete heridas cicatrizó la ambrosía, mientras que las que hizo a su patria aún manan sangre, a Augusto, a quien el Pegaso de Horacio y de Virgilio hace olvidar, los hijos envenenados por su fiel Livia, y quedémonos en la tierra. Veamos a Druso, hijo de Tiberio, ¿cuál fué su muerte? envenenado por su esposa Livilla y por Sejano, que sometió su alma por el adulterio: a Germánico adoptado por Tiberio, igualmente destinado a ceñir la corona, ¿cuál fué su suerte? envenenado con gran

alegría de Tiberio, su tío, y de Livia, su abuela; a Agripina, esa matrona de la antigüedad, bella, casta, fecunda y orgullosa, ¿cuál fué su suerte? proscrita por Tiberio, por el ojo sacado por el centurión que le condujo, dándole de golpes, que acabó sus días en la miseria en una isla desierta. ¿Qué fué de Livilla, viuda de Druso? encerrada en un cuarto del Palatino por su abuela, y obteniendo por toda gracia morir de hambre. ¿Cuál fué la muerte del mismo Tiberio, la obra magna de Livia? ahogado bajo un montón de almohadones por la impaciencia de su sobrino Calígula; por último, ¿cuál será el fin de éste? ¡Ah, señores! dirigid una profética mirada a ese camafeo, y tal vez distinguiréis en medio de los encadenados cautivos, al tribuno militar Chaerea, empuñando la espada que debe degollarle.

Todos esos ilustres miserables que reinaron por la violencia, el crimen o el veneno, murieron por el veneno, el fierro y la violencia, víctimas de ellos mismos, de su ambición y de sus desarregladas pasiones. Una sola persona, una sola murió en su lecho, de ochenta y seis años de edad, omnipotente, con toda su inteligencia y una implacable serenidad, que confirma que nada tuvo de humano, que no participó de los sentimientos del vulgo, ni de las debilidades de los hombres honrados, que no conoció ni las leyes ni los remordimientos, que no fué ni mujer ni madre. Fué de mármol, y en mármol se labra la estatua de la ambición. Sí, fué el genio de la ambición, el genio fatal de Roma, el genio execrable del Imperio, que contribuyó a fundar más que Tiberio y tanto como Augusto; fué el tipo de la insolencia descarada y triunfante, sin creencia, sin amor, sin deberes, sin doctrina, sin excusa, sin respeto por la patria ni sentimientos por el bien público, dotado de inmenso egoísmo hizo del pueblo entero la presa de su marido y después de su hijo, que a su vez fueron la suya. Fué la que principalmente constituyó el imperio en

su forma definitiva y en su detestable legalidad bajo el reinado de Tiberio, porque lo fundó sobre el envilecimiento y el miedo. ¿Pero quién fué el primer envilecido, quién el primero más vergonzosamente miedoso? Tiberio, su propio hijo, a quien contuvo, plegó, refrenó, burló, arrojó de Roma y domó como a una fiera. ¿No admiráis que siempre encuentra límites imprescindibles el poder más absoluto? ¡Dichosos los países en que esos límites descansan sobre una constitución libremente consentida y honradamente aplicada! Tiberio no conoció otra barrera que la voluntad de su madre, puede decirse que Livia fué su régimen constitucional; ella le moderó a su antojo, le arregló a su hora, le excitó cuando le convenía sin escrúpulos, sin patriotismo, sin moral; pero con maravillosa lucidez, que es una arma terrible en la política. Cuéntase que hay venenos tan acres, que apenas un cristal purísimo puede contenerlos; así también hay pruebas tan amargas y humillantes, y que obran tan violentamente sobre los hombres, que sólo las almas heroicas pueden soportarlas.

Tiberio sufrió bajo el yugo de Livia, afrentas repetidas, heridas muy sensibles, todo lo que puede alterar una naturaleza inclinada al orgullo y a la bajeza, contentándola a sentimientos ocultos, a recuerdos llenos de hiel, a la disimulación vergonzosa, pero exasperada, y sólo hasta la edad de setenta años logró en "menorcito" emanciparse, sólo en la decrepitud pudo este esclavo levantarse y convertirse en amo; y entonces, ¡dichados de los romanos! porque ese anciano había conocido los extremos, durante el drama interior que formó su vida; pasó de la arrogancia al servilismo, de los apetitos excitados a la impotencia: de la debilidad a la rabia y de la hipocresía al frenesí. Todo estalló el día que el esclavo digno de lástima, comprendió que era libre.

No se puede pedir moderación a un soberano, sino cuando respeta las leyes, la dignidad humana y su propia conciencia. Livia fué para Tiberio un dique, pero meramente físico: no apaciguó las olas, sólo les opuso un obstáculo; por el contrario, las fortificó, las alejó, las acumuló, de suerte que rugían prontas a lanzarse más impetuosas y terribles.